

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Julián Delgado Blanco, 86

Marta Gutiérrez Benet, 20

OCHENTA Y SEIS VERSOS PARA CASTILLA

Uno por cada año de la vida que Julián ha dedicado a las letras, a brindar estrofas a su tierra burgalesa, a escribir por la victoria del Amor sobre todas las cosas. Caballero de pluma entintada, este galán de Belorado ha luchado en su día a día contra el odio que sacude el mundo con su mejor arma: la Felicidad.

El poema de Julián Delgado Blanco comenzó un nueve de enero de 1921, cuando vio la luz por primera vez en el seno de una familia que pronto se convertiría en numerosa, y en la que pasaría sus años más dulces. Entre pillerías, risas y travesuras, jugaba a ser el marino Sandokán mientras vagaba por los pasillos de la biblioteca municipal, o vigilaba desde las trincheras de Trafalgar junto a muchos otros niños que vivían la Historia de sus antepasados con las novelas de Pérez Galdós. Una infancia ambientada por los mundos exóticos que relataban las páginas de gruesos libros despertó en él una curiosidad por seguir entrenándose en el arte de la palabra, que le acompañaría a lo largo de sus días, abrazándole estrechamente, sin soltarle ni un instante. A la temprana edad de siete años, Julián concibió una idea que perduraría en su mente: comenzó a escribir un Romance a Castilla, que va ya por las ochenta y seis páginas, casi ochenta años después. Versos que hablan de sus vastas tierras, sus gentes cordiales y sus rincones de grandes hidalgos. Un baile de rimas que describe esas nobles villas de princesas con largas trenzas y donceles enamorados, cuya sangre heredarían los apuestos mozos de la provincia. Resume así Julián un cúmulo de vivencias plasmados pacientemente, creciendo junto a su tierra.

Es quizá esa infancia sorprendentemente feliz, entre páginas de libros desgastados y cuadernos de caligrafía, los que han convertido a nuestro protagonista en el hombre que es hoy. Tras una mirada afable se encierra una mente en continuo vaivén, traduciendo cada minuto en un pensamiento elaborado, bien sonante y listo para saborear sobre el papel. Tan pronto como nos sentamos a escuchar su relato, nos adentramos en la escuela de Belorado allá por 1930. Julián, de pie junto a la mesa, recita la lección frente al maestro don Mauricio Monedero, que espera con la vara de fresno en la mano la próxima chiquillada de este mozuelo y sus compañeros. Ajustándose los tirantes del pantalón y con dos libros bajo el brazo, el muchacho sale presuroso del colegio y se desliza entre los pupitres de la biblioteca, donde se hace invisible para el mundo por un tiempo.

Pero aquel pequeño creció y se convirtió en un joven con sed de aventura, atrapado en la realidad por una reja imperceptible que le separaba de los mundos que conocía en su mente, pero que nunca había visto con los ojos. Por ello, decidió comenzar una historia única y partir al Río de la Plata para escribir su propio relato, zarpando rumbo a Buenos Aires. Durante el largo trayecto compartió risas y penas con muchos de aquellos españoles que, en busca de una vida mejor, de un trabajo digno, metieron en una maleta todos sus sueños y embarcaron hacia el Nuevo Mundo. Y entre todos ellos, entre aquellos rostros desconocidos pero que tan bien le comprendían, descubrió a su alma gemela, a su compañera del viaje de la vida. Agarró a la bella valenciana de sus amores con tal firmeza que seguiría aquella aventura siempre con ella, con su musa, la fuente de su inspiración. A ella le dedicaría sus composiciones más profundas en el día a día, y le sorprendería a menudo con un ramo de rosas al que acompañaban estos versos:

“Estas frescas flores
son símbolo de tu hermosura,
recíbelas con amor,
te las envía tu amado
y en ellas va el corazón”.

Recordar, compartir, aprender

Así pasó de las novelas de marinos a pensar sobre el curso de su vida, dedicado a su mujer, a sus hijas gemelas y a su hijo menor. Como todo poeta, cantaba a su tierra desde la lejanía, con una mezcla de orgullo y añoranza, la misma que sienten aquellos que piensan en Castilla sin ver sus campos de trigo, sus verdes pinares, que recuerdan el cobijo de los soportales de piedra labrada y les abruma la nostalgia.

Mas toda aventura llega a su fin, y así emprendió el regreso a España para conocer la costa levantina, donde se había criado su esposa Concepción. Nuestro galán, amante de su cuna castellana pero no del frío que en ella se sufre, decidió empezar de nuevo en Valencia, donde el sol apenas duerme y las gentes contagian la alegría constante que Julián espera de la vida. Han pasado casi veinte años desde que partiera en aquel barco que cambió su rumbo por completo. Aquella etapa, que supuso tantos vuelcos en su existencia, había terminado. Con lo aprendido al otro lado del océano podría empezar a escribir una nueva historia, en la que él y la gente a la que quería serían los protagonistas.

Poco a poco, en un sencillo hogar del valenciano barrio La Amistad, iría construyendo uno de sus mayores tesoros: el rincón de sus sueños. En la visita de hoy, un largo pasillo nos conduce a su lugar preferido. Una mecedora, un escritorio y cientos de libros. Más de mil. Julián sonríe y señala hacia la izquierda, para que nos fijemos bien en los ejemplares de cada estante: Cantar de Mío Cid, Romance de Fernán González, Personajes célebres de Belorado, Los Siete Infantes de Lara...y así, libro tras libro, vamos descubriendo en cada lomo un título de la historia castellana, de las raíces de Burgos. Cada uno encierra un pedacito de la tierra de sus amores, del origen de sus versos. Le dejamos solo por un instante y a la vuelta, le encontramos recostado en la mecedora, con alguna de esas joyitas entre sus manos, meditando en silencio. Quizá esté pensando en cómo continuar su romance, o quizá tan sólo disfrutando del momento. Decidimos simplemente entornar la puerta para no molestarle porque allí, entre sus versos, sumido en el mar de palabras y de páginas mecanografiadas, se le ve feliz. Es entonces cuando nos damos cuenta de que, realmente, Julián es feliz.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Sin duda, el sentido que da Julián a nuestra existencia encierra toda una filosofía de vida que necesitaría ser ampliamente extendida. Afirma rotundamente que “el odio nunca debe entrar en los corazones”, por lo que tenemos que luchar firmemente por ser felices durante nuestros días. Todos estos años de esfuerzo e ilusión han valido la pena por haber logrado ser inmensamente dichoso, por haber conseguido apartar el odio de su mente. Puede existir discrepancia, desacuerdo, pero nunca odio. Cuando odiamos o nos sentimos odiados, perdemos toda referencia del verdadero sentido de la vida, porque no nos deja ver todas aquellas cosas que realmente merecen la pena y de las que él ha ido disfrutando a cada minuto, gracias a esta loable postura frente a la vida.

Con un ápice de este pensamiento en cada una de nuestras mentes, quizá podríamos conseguir que la felicidad no fuese algo extraño, que se convirtiera en algo de lo que todos pudiéramos sentirnos orgullosos, algo intrínseco a la condición humana. Pasados ochenta y seis años, Julián recapitula todo lo experimentado hasta el momento y, a pesar de que aún no ha terminado el relato de su vida, ya sabe cuál ha sido la esencia de sus días: hacer el bien. En esta idea caben muchas cosas, tantas como queramos imaginar, todas posibles, todas ellas igual de válidas por el hecho de intentarlo. Aprendemos de Julián una sabia lección que nos ayudará a afrontar el presente más inmediato. Enfrentarse al pesimismo, a las desgracias, a la pena,...todo por continuar mirando al frente con la expectativa de que, cuando abandone este mundo, quede su huella no sólo por quién fue, sino por haber hecho siempre el bien.